



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE OCTUBRE DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Guerras que se libran diariamente

¿INCORRUPTIBLE? SALVO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Un día antes, me escribió pidiendo cita. Llegó puntual a mi oficina, con el vestido de coctel más cortito que hubiera visto yo en mi vida: rojo como el escarabajo de lirio, dejando al descubierto sus muslos y piernas que, si me lo hubieran dicho, habría creído capaces de caminar sobre el agua. Dejó su bolso en una silla, junto con su cámara fotográfica, (era estudiante de la carrera de comunicación), se colocó frente a mí, sonriendo, con la misma encantadora sonrisa con la que derrumbaba mi corazón en clase. Levantó la vista, como muñeca traviesa, giró su cuerpo, enseñándome su figura incandescente, de suspiro, delineada por el vestido, a través del cual se transparentaban sus pantaletas blancas, casi como tangas. Dio un paso al frente, tomó un marcador rojo, le quitó el tapón y se puso a escribir garabatos en el pizarrón. “¿Cómo me fue, Prof.?”

Yo seguía extasiado con su cuerpo, digno de envalentonar a cualquiera para terminar por destrozarse, a martillazos, a la Venus de Milo y remplazarla por una estatua de ella. Sus pechos eran dos palomas blancas, unidas por las alas; su cuello, las cataratas del Niágara; sus brazos, mármoles tallados por la savia de las plantas; su sexo pétalos, traslúcidos pétalos su sexo. Ese cuerpo erguido: los campos de batalla, el Gólgota donde cualquier hombre desearía morir.

“¿Cómo me fue, Prof.?” volvió a preguntar. “Muy mal... se notó que no estudiaste”. Giró su rostro para mirarme con una sonrisa pícaro, que bien podría describirse, quizás, como de deseo. “¿Reprobé?”. “Estoy sacando promedios”. “¡Por favor, dígame!”. Giré el sillón hasta quedar de frente a la pantalla de la computadora. Tenía abierta la hoja de Excel: nombres de alumnos y sus matrículas, luego las calificaciones de los dos exámenes parciales, tareas, las asistencias y la nota del examen final. Llevé el cursor a la última columna en blanco; en cuya celda estaba la fórmula para el grado final. Corrí la selección hacia abajo. Aceptar. En fracción de segundo quedó el cálculo: cada alumno con su calificación final.

Recorrí los nombres por apellido: Alvarado... Camarillo... Estrada... Y encontré el de ella. Seguí con la vista el cursor mientras lo movía por el mapa de calificaciones. Llegué y vi... cuarenta y cinco. No dije nada, pero repasé las calificaciones de los treinta alumnos: cinco reprobados, incluida ella, con la calificación más baja, a veinticinco puntos del setenta aprobatorio.

“Pues... reprobaste”, le dije. “¿Cuánto saqué?”. Pensé que se quedaría muda al escuchar su nota, pero respondió inmediatamente: “Prof., tengo que pasar esta materia a como dé lugar. ¿Qué puedo hacer?”. Me quedé en silencio. “¡Dígame!, ¿qué hago?”. “A estas alturas, no hay mucho que hacer”. “¡Mis papás me van a matar!” Giré de vuelta a la



computadora; cambié el cuarenta que había sacado en el final por un cien y observé el resultado: seguía reprobando con sesenta y cinco. “Ni siquiera si te dejara volver a presentar pasarías”, le dije.

“Ya sé”, dijo ella y se dirigió a la silla. “¿Qué va a hacer?”. me pregunté. Con su mano extrajo de su bolsa: un fajo de billetes. “Seis mil pesos, Prof., es lo que tengo”, dijo extendiendo su brazo frente a mí. El estómago se me acalabró, en parte por lo que estaba viendo... pero en parte, también, por la infección estomacal que traía. Aún debía comprar el antibiótico y realizar los estudios que había ordenado el médico... Era tan simple como sustituir su cuarenta y cinco por un setenta de calificación final y olvidarme del Excel.

“Guarda eso, por favor. Si quieres pasar, solicita un examen de regularización y ponte a estudiar. Con poquito que sepas será suficiente; pero así no”, le dije. Le quité la vista de encima y observé su cámara fotográfica. Una Canon R5 sin espejo, con un lente 24-105. Cien mil pesos. Notó que la observaba. La tomó entre sus manos y me la ofreció en las palmas de sus manos, sin decir palabra. “Ya te advertí; así no vas a pasar”.

Se dirigió a la puerta, oprimió el botón del cerrojo y regresó hacia mí. Se plantó decidida, a escaso metro de distancia. Se levantó lo que quedaba del vestido; se bajó las bragas hasta las rodillas y su perfume de feromonas impactó contra mis sentidos. Con la voz entrecortada y el deseo hecho un monstruo en mi interior, me levanté diciendo:

“Ni te las quites, al cabo que no me van a quedar”.

Me dirigí a la puerta, puse la mano sobre el cerrojo esperando a que se alistara... y la despedí mirando al suelo. (Inspirada en una historia de Jaime Montelongo).

“LA GUERRA Y LA PAZ”

OLGA DE LEÓN G.

¿Por qué una obra a la que se la tiene como una de las mejores novelas de todos los tiempos, escrita por uno de los más grandes autores rusos, también de todos los tiempos, León Tolstói, pocas personas la han leído hasta terminarla, mientras muchas otras, con desenfado y sin ninguna culpa moral, confiesan que les aburrió y que por eso no la terminaron, o de plano hicieron una “Lectura bárbara”, como diría Alejandro Rossi, ya que después de leer poco más de la mitad comenzaron a dar saltos y buscar el desenlace, para saber en qué quedó el amor original entre Pierre y Natascha? ¡Claro!, el ambiente histórico en el que Tolstói sentó su novela, los lectores de finales del siglo XX, ya lo conocían, el dolor y las tragedias de una guerra en el duro invierno de Rusia hacia el final del siglo XIX, era cosa del pasado... Sí, pero la guerra entre Francia y Rusia, pareciera que nunca ha sido vista desde la misma perspectiva de unos y otros; no sería posible... Además, la historia sobre la historia de los conflictos bélicos entre naciones como entre individuos, siempre es referida por el “triumfador”, y naturalmente lleva inserto su propio acento. Así son las guerras, y así se refieren en los momentos de paz: tras el tamiz de la vista de los ojos que quedan detrás del telescopio: “los ganadores”. Afortunadamente, siempre están del otro lado: los críticos, los analistas; la contraparte del relato oficial de las guerras.

Eso me recuerda los años que tardé en terminar de leer “Cien años de soledad”, hasta que me lo propuse, no por placer, sino como una imperiosa tarea, ¿por qué no la terminaba?, no lo sé. En cambio, he leído y releído a Rulfo, especialmente algunos de sus cuentos, como Luvina, y su estupenda novela, Pedro Páramo. No puedo decir que no terminaba la gran

novela de Gabriel García Márquez por larga, pues he leído casi tres veces “El Quijote”, una obra que es mi fascinación, y en la que encuentro tantas interpretaciones maravillosas sobre los misterios que guardan sus frases, sus pasajes y sus personajes en distintos momentos (capítulos), de la narración.

¿Qué sucede con nosotros los lectores? Nada malo. Lo cotidiano y normal a natural: tenemos una vida propia, y estamos inmersos en la ruca de los tiempos y la fortuna o infortunio del destino, que nos aísla y aleja -a veces- del mundo real y nos lleva lejos muy lejos de lo que sucede a nuestro alrededor, para cercarnos dentro del entorno personal y familiar, que -también-, a veces- nos somete y sumerge en sentimientos inhibidores, casi asfixiantes y muy dolorosos. Entonces, ¿qué podemos hacer?: sobrevivir: un día el sol será suficiente luz sobre nuestra cabeza: y respiraremos profundo; y pensemos que solo tuvimos una pesadilla, un largo muy largo mal sueño.

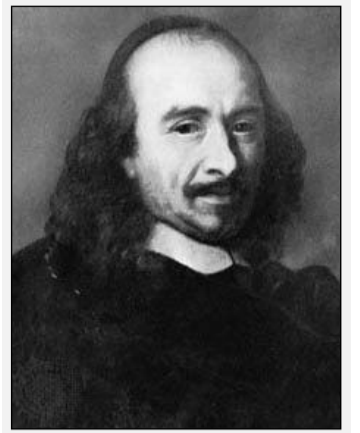
Si las cosas fueran tan simples y sencillas... Pero no, la vida sí es -en los mejores de los casos- un regalo de amor de nuestros padres, y de Dios (para los devotos creyentes en Él).

Dieciocho años de escribir en mi amado periódico local, desde entonces, algunos de la familia y una o dos amigas, que les gusta como escribo y respetan el manejo que de la prosa hago (con mis circunloquios, ese ir y venir y distraer del centro de la trama), me dijeron entonces, que me dedicara a escribir narrativa larga, una novela y ya empezara a publicar libros, uno primero, desde luego... Yo les contesté que en dos años me dedicaría a hacerlo... ¿Cuál es mi excusa para no haberlo hecho aún? Desidia, falta de disciplina, propósito, distinguir entre prioridades... O, precisamente por priorizar la vida familiar, la sobrevivencia económica, las necesidades del día a día; no sé, creo que sigo planteándole excusas... ¿Miedo al fracaso? No, eso sí que no me atemoriza, porque nunca me han detenido los obstáculos ni los tropiezos, sé levantarme y seguir caminando.

En fin, como decíamos ayer, en dónde me quedé, en que: hoy escribiré un cuento sobre la guerra y la paz; o sobre los pueblos vencidos y los vencedores; o sobre las guerras entre niños que crecieron bajo distintos techos, diferentes culturas y educados o apapachados por diferentes padres y madres, ya pues:

El sol brillaba como nunca antes, el cielo lucía limpio de nubes negras, solo enormes algodones blancos estaban sobre sus cabezas...

Nadie imaginó que llovería. Tampoco nadie imaginó que ese día muy lejos de allí, serían dejadas caer dos bombas para establecer la paz. Y terminó la guerra; pero también terminaron muchas vidas, sueños e ilusiones... He aquí mi cuento sobre Guerra y Paz.



Pierre Corneille

(Ruán, Francia, 1606 - París, 1684) Dramaturgo francés. Su primera comedia, Melita, inspirada por una frustrada pasión juvenil, la estrenó en París, en 1629, la compañía de Mondory y Le Noir. Gracias al éxito de la obra, la compañía se estableció en el teatro del Marais, en el que se estrenarían todas las creaciones de Corneille hasta 1647. Durante siete años, mientras empezaba a ejercer como abogado, sus comedias se sucedieron con rapidez (Clitandro Clitandro o la inocencia liberada, La galería del palacio); además, escribió su primera tragedia, Medea. En 1635, designado por el cardenal Richelieu como uno de los Cinco Autores, participó en la elaboración de La comedia de las Tullerías (1635).

El arrollador éxito de la tragedia-comedia El Cid, sobre la figura del héroe castellano Rodrigo Díaz de Vivar, hizo que sólo dos meses después de su presentación en enero de 1637 circularan ya las primeras copias. La obra suscitó también una enconada polémica, conocida como «la querrela del Cid», en parte debida a la acusación de plagio (la obra está basada en Las moedades del Cid, de Guillén de Castro), pero sobre todo porque rompía con las tres unidades teatrales clásicas (de tiempo, de lugar y de acción), verdadero dogma para el teatro de la época; su osadía le valió incluso la condena oficial de la Academia.

Entre 1640 y 1642, las tragedias Horacio y Cinna lo confirmaron como el mayor dramaturgo de su época; en ellas, el autor se mantuvo dentro de los límites de las unidades clásicas, tal como haría a partir de entonces, y demostró el absoluto dominio que tenía sobre ellas. En 1641 contrajo matrimonio con Marie de Lamperrière. A la muerte de Richelieu, gozó de la protección del cardenal Mazarino y fue admitido en la Academia Francesa (1647).

En 1650, la maquinaria necesaria para la puesta en escena de Andrómeda, presentada como su obra maestra, justificó la construcción del Théâtre du Petit-Bourbon. Durante la Fronde, renunció al ejercicio de la abogacía para sustituir al procurador general de Normandía, quien fue restablecido en sus funciones en 1651 sin que Corneille pudiera recuperar sus cargos anteriores. Nicomedes, la tragedia que siguió entonces, lo enemistó con Mazarino por su apoyo implícito a Luis II de Borbón-Condé, su adversario político.

Nicolas Fouquet le inspiró el tema de Edipo, la tragedia con la que volvió al escenario. Su carrera literaria se prolongó aún quince años más, pero ya no volvió a conocer los éxitos de etapas anteriores.

Corneille se retiró definitivamente en 1674. A partir de 1677 sus tragedias fueron recuperadas y llevadas de nuevo al escenario, y en 1682 se volvió a editar Teatro. Corneille es, por excelencia, el autor de la tragedia clásica francesa; creó héroes admirables tanto por su grandeza moral como por su afán de gloria, y representó pasiones extremadamente violentas gracias al vigor inigualable de su estilo oratorio.

ad pèdem literae

El éxito es fácil de obtener. Lo difícil es merecerlo

Albert Camus

Letras de buen humor

El auténtico amigo es el que lo sabe todo sobre ti y sigue siendo tu amigo

Kurt D. Cobain

Elmer Mendoza

Jorge Humberto Chávez, poeta de abrazos

"La poesía no se crea ni se destruye..." escribió Eduardo Langagne cuando éramos jóvenes y nos inquietaban todos los sueños. La lectura de la segunda edición de Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto, Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2013, de Jorge Humberto Chávez, publicado por el FCE, el gobierno del estado de Aguascalientes y otras instituciones, en México en 2023, nos induce a pensar que un poeta es sus sueños, sus palabras, todas las autopistas, los bares, su ciudad y los viñedos donde "es inmenso el anochecer", "frente a espejos podridos" y quizá, "la poesía es el cadáver de la vida". A este poeta, le basta una copa para humedecer el mundo y la amistad. Y desde luego, su poesía es de las que resiste.

Quiero subrayar tres ideas que José Ramón Ruisánchez, en su prólogo, escribe sobre la poesía de Chávez, "la primera particularidad del libro es confiarse a largos trechos en el versículo: ese verso que desborda todas las vallas de la métrica, pero que no deja de insistir, cuando termina, en su propia unidad". Cierto, la poesía de Chávez es un universo emocional de partículas precisas expresadas en unidades cuyo límite es el pensamiento del poeta. Un poeta que capta las palpaciones del mundo y las comparte desde una charola de pan dulce, y Ruisánchez lo expresa así, "lo singular y lo preciso... son la materia misma de los mejores poemas del libro". ¡Zaz! Exclama el Mike en un restaurante chino,

y claro que estamos de acuerdo con esa manera de revelar esa característica de este poeta nacido en Ciudad Juárez, Chihuahua, en 1959. El prologuista confirma, "su poesía no está hecha solo de lo que sucede, sino en gran medida de lo que se ha vuelto imposible". Tiene razón. Chávez comparte su manera de mirar y detectar un paisaje "tan lleno de hieles y cuchillos", o a ese niño que "juntaba tiempo en sus bolsillos mientras la tierra crecía lejos".

Hay versos que son potentes advertencias que es imposible ignorar. Claro, porque la vida es corta, y el que inventó el reloj de arena podría estar preguntando por nosotros. Así que, dejemos de acomodarnos en "las nadas que ocupan nuestras vidas"; sólo los que no deberían cerrar los ojos y nos dejan arder en "la frontera como un espléndido animal", y entonces, "Miedo se llama la avenida que se extiende llena de luces y sin autos..." porque miles de seres saben que allí todo puede cambiar y no tienen idea de que este poeta fronterizo no concilia el sueño. Hay una descomposición humana que se lo impide e intenta ponerle nombre. Jorge Humberto es un poeta de la vida, del placer, del viaje, pero también del canto que busca proteger a los pueblos que marchan por senderos desconocidos persiguiendo una luz que tal vez los vuelve ciegos para siempre. Leo a Chávez y no puedo dejar de admirar su grandeza de poeta y ser humano, y su capacidad de transgredir las formas poéticas y concebir una estética de momentos claves que



sin embargo permanecen en el tiempo. Hay un auto en esta carretera que es el tuyo, amigo; vamos Leonor y yo en nuestra troca y sabremos cuando vayamos al parejo. Ambos iremos escuchando a la querida bruja blanca de Port Arthur, justo

donde el viento nos dice que estamos vivos y esos aplausos son los de la luna. Amigas y amigos, la poesía es parte de nuestras vidas, y aquí tenemos un libro que tiene versos sólo para nosotros. Es todo suyo.